

BOBBIO, Norberto, *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, trad. de Carmen Revilla, Paidós, Barcelona, 1998, 188 pp.

En uno de sus últimos libros —siempre hay que ser cauteloso de no decir el *último* libro cuando se habla de este autor—, Norberto Bobbio reúne varios de sus artículos en torno a un tema al que ha dedicado buena parte de su fecundo trabajo: los intelectuales y el poder. Sus relaciones recíprocas, sus odios, la superposición de papeles entre uno y otros, etcétera, forman parte de este conjunto de reflexiones de Bobbio. Varios de los ensayos que componen el volumen ya habían sido publicados en México gracias a las excelentes traducciones de José F. Fernández Santillán.¹

Bobbio conjuga en estos trabajos, como en todos sus libros, una admirable capacidad de síntesis y una exposición limpia, diáfana, de los problemas en torno a la temática que aborda. El autor parte de una constatación evidente: los intelectuales reflexionan, opinan y escriben (aunque no necesariamente en este orden) sobre casi todos los temas y no pueden prescindir de reflexionar, opinar y escribir también sobre sí mismos. De hecho, dice Bobbio, es un ejercicio al que les agrada mucho dedicarse, por eso el debate sobre los intelectuales —en Europa cuando menos— no tiene tregua y sobre el tema continuamente siguen apareciendo libros y artículos por doquier.

El modelo de intelectual que Bobbio tiene presente en todas sus reflexiones sobre el tema es el del intelectual *mediador*, es decir, el de aquel cuya tarea no es la de situarse por encima de la lucha o fuera de ella, sino en el fondo de la disputa, tratando de encontrar una solución pacífica. La virtud principal de este modelo de intelectual es la tolerancia, que es lo único que posibilita el diálogo mediante el cual se puede alcanzar el fin del intelectual mediador. Bobbio trata de responder primeramente a los que postulan la decadencia, el descrédito, el declive, la traición o incluso la desaparición de los intelectua-

¹ BOBBIO, Norberto, *El filósofo y la política (antología)*, estudio preliminar y compilación de José Fernández Santillán, FCE, México, 1996.

les. Quienes de este modo se expresan no se dan cuenta de dos errores detectables enseguida y que Bobbio pone pronto de manifiesto en la misma introducción del libro: en primer lugar, todos los que postulan la desaparición de los intelectuales son ellos mismos intelectuales, participan pues de esa labor que supuestamente va a desaparecer; en segundo término, muchas de las críticas a los intelectuales no son más que falsas generalizaciones, que es uno de los errores lógicos más comunes pero del que los intelectuales deberían de cuidarse bien. Sea cual sea la definición que se adopte de “intelectual”, no se puede emitir sobre esa sola base una condena o una absolución global.

La lectura del libro pone también en evidencia algo que en México parece ser que no está todavía muy claro: que los intelectuales conforman un poder muy importante dentro del Estado, el “poder ideológico”, el cual —sostiene con acierto Bobbio— “no se ejerce sobre los cuerpos como el poder político... ni sobre la posesión de bienes materiales, de los que se dispone para vivir y sobrevivir, como el poder económico, sino que se ejerce sobre las mentes a través de la producción y la trasmisión de ideas, de símbolos, de visiones del mundo y de enseñanzas prácticas, mediante el uso de la palabra (el poder ideológico depende estrechamente de la naturaleza del hombre como animal que habla)”.

Para comprender el peso específico de ese “poder ideológico” dentro de las sociedades contemporáneas vale la pena recordar la frase de Keynes cuando sostiene que “Las ideas justas o falsas de los filósofos de la economía y de la política tienen más importancia de lo que en realidad se piensa. A decir verdad, ellos dirigen casi exclusivamente el mundo. Las hombres de acción que se creen plenamente eximidos de las influencias doctrinales son normalmente esclavos de algún economista del pasado”.

Ese poder ha aumentado vertiginosamente en los últimos años de la mano de los avances que se han dado en materia de comunicaciones. Los foros en los que los intelectuales pueden opinar y la reproducción y transmisión de sus conocimientos ha crecido exponencialmente, pero también ha aumentado —en la misma medida quizá— la futilidad de sus opiniones, el poco impacto que tienen —en lo individual— en la impresionante avalancha de información que recibimos todos los días; como escribe nuestro autor: “Nuestros debates se parecen a los fuegos artificiales: una luz intensa pero efímera, un estallido que dura un instante, después vuelve la oscuridad y el silencio. Acabado un fuego, se enciende otro, y el público se queda más ensordecido que ilumina-

do. O, si preferís otra imagen, un artículo, en un importante diario, de un escritor famoso —Pasolini, Moravia, Montale, Sciascia— es como una mecha que, improvisadamente, enciende una multitud de fuegos distintos y, todos juntos, prenden fuego al castillo, pero, cuando se ha quemado, uno se da cuenta de que es un castillo de papel”.

La palabra es entonces el arma más poderosa de los intelectuales, la palabra hablada y la palabra escrita. La escrita, para ser efectiva, tiene que ser clara. En este punto Bobbio, verdadero ejemplo de lo que es escribir con claridad, es contundente: si los intelectuales aspiran a cambiar el mundo —o solamente a comprenderlo, dependiendo del papel que entiendan que deben desarrollar— tienen que hacerse comprender y para ello es necesario escribir claro: “Hoy más que nunca —apunta Bobbio— hay que hacerse entender, evitar lo abstruso; encontrar las formas más simples de explicar lo más complicado”. Y escribir poco. “La cantidad sofoca la calidad”. Esta frase —pronunciada por uno de los autores más prolijos del siglo— es una verdad rotunda que hoy en día muchos parecen despreciar. Hay que escribir o hablar cuando realmente se tenga algo que decir. Sin embargo, la presión constante y la avidez de los medios de comunicación (o simplemente las necesidades derivadas del Sistema Nacional de Investigadores en el caso mexicano) hacen que los intelectuales sean continuamente requeridos para opinar sobre los más diversos asuntos, incluso sobre aquellas cuestiones de las que no se tiene un conocimiento ni siquiera aproximado.

La noción que creo que mejor representa el pensamiento de Bobbio sobre los intelectuales y el poder, y que se repite en casi todos los ensayos que componen el libro, es la de “la política de la cultura”. Bobbio expone ese concepto a partir del entendimiento de que la política no se agota, ni mucho menos, en las actividades que realizan los políticos profesionales. Por el contrario, los hombres de la cultura también deben contribuir, desde su ámbito propio de actuación, a la construcción de la política, formulando incluso un proyecto alternativo al que defienden los profesionales de la política. En palabras del propio Bobbio: “La política de la cultura se inspira en un determinado modo de entender la relación entre política y cultura y, en consecuencia, la función de los intelectuales, porque tiene su modo específico de entender la política y de delimitar la esfera de la política (me refiero a la política ordinaria) y de la cultura que, a su vez, tiene o debe tener su política, y rechaza al intelectual para el que la política que él puede realizar se resuelve inmediatamente en la que considera

que puede desarrollar como ciudadano. La política no es todo. Quien cree que la política es todo, como lo cree el hombre del todo o nada, está ya en el camino de esa politización o estatalización íntegra de la vida, en la que consiste el Estado totalitario”.

En México el debate sobre el papel de los intelectuales —como tantos otros debates— todavía no se ha producido. Quizá la mayor apertura actual del sistema político pueda funcionar como correa de transmisión hacia los intelectuales y empiecen también a debatir sobre su papel en el proceso de transición a la democracia que se está viviendo en México y sobre el rol que han desempeñado en los años de hegemonía del régimen priísta.

Quizá con el paso del tiempo un análisis detenido ponga en evidencia el importante papel que los intelectuales han tenido para la legitimidad del régimen y como la poca pluralidad política se ha manifestado también en una escasa pluralidad ideológica.²

En cualquier caso, si es que finalmente ese análisis se lleva a cabo, seguramente será muy útil tener presente lo expuesto por Bobbio en el libro que brevemente se ha comentado.

Por último, quizá valga la pena recordar las palabras de Bernard-Henry Lévy citadas por Bobbio, cuando refiriéndose precisamente al papel de los intelectuales dice que: “Sólo nos quedan, frente al proceso hacia la barbarie, las armas de nuestra lengua y el lugar de nuestra residencia, las armas de nuestros museos y el lugar de nuestra soledad. Dar testimonio de lo inefable y retrasar el horror, salvar lo salvable y rechazar lo intolerable: no vamos a rehacer ya el mundo, pero, al menos, podemos vigilar para que no se deshaga...”.

Dr. Miguel CARBONELL

Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.

² Tal como han demostrado, por lo que se refiere exclusivamente al derecho constitucional, Cossío Díaz, J. R. y RAIGOSA, Luis, “Régimen político e interpretación constitucional en México”, *Isonomía. Revista de teoría y filosofía del Derecho*, núm. 5, México, octubre de 1996.